

# ATLAS DE LOS SUEÑOS OLÍMPICOS

**TONI PADILLA**

**Ilustraciones de  
SR. GARCÍA**



geoPlaneta



geoPlaneta 

# ATLAS <sup>DE</sup> <sub>LOS</sub> SUEÑOS OLÍMPICOS

**TONI PADILLA**  
ILUSTRACIONES DE  
**SR. GARCÍA**

# CONTENIDOS

## ÁFRICA

- 10 El increíble destino del saltador egipcio que conquistó Hollywood
- 14 Los pies descalzos que crearon un imperio
- 18 El ama de casa que ganó el oro para un país sin himno
- 20 La pionera que dio nombre a toda una generación
- 24 El estudiante que aprendió a nadar para ser olímpico
- 26 La refugiada que llegó a los Juegos

## AMÉRICA

- 32 Acabar una maratón corriendo con zapatos
- 36 El vendedor de periódicos que saltó a las portadas
- 40 El triste final del americano que enfureció a Hitler
- 44 La espada más famosa de México
- 48 El tramposo más famoso de la historia olímpica
- 52 Perder una medalla de oro, ganar la eternidad
- 56 El bromista que salvó el atletismo

## ASIA

- 62 El deportista que murió luchando
- 66 El gimnasta que ganó el oro con una pierna rota
- 70 La traidora que volvió para ser una heroína
- 74 La medalla de oro que costó un millón de dólares
- 78 Del campo de refugiados al podio en cuatro años
- 82 La saudita que derribó un muro en el tatami

## EUROPA

- 88 El aguador que salvó el orgullo de un país
- 92 La primera campeona olímpica de la historia
- 96 Un campeón sin medalla
- 100 El anciano que disparaba a ciervos de madera
- 102 La elegante judía que no se dejó vencer
- 106 Del campo de exterminio a la gloria olímpica
- 110 Amor contra la Guerra Fría
- 114 El gigante que hizo llorar a todo un país
- 118 El infierno tras la perfección
- 122 El padre y el hijo que cruzaron juntos la meta
- 124 El capitán de una selección que jamás dejó de creer en sí misma
- 128 El gigante siberiano que hacía volar a sus rivales

## OCEANÍA

- 134 Las indómitas australianas que se ganaron el derecho a ser olímpicas
- 138 Carros de fuego, una fe inquebrantable
- 142 El mormón que pidió permiso para boxear



# El reflejo de como somos

«**L**A LARGA HISTORIA OLÍMPICA siempre recommienza», escribió Robert Parienté en un amable tarjetón con el que felicitó la Navidad de 1991 y deseó buena fortuna para la organización de los inminentes Juegos de Barcelona. Parienté fue el escritor y periodista francés que mejor supo describir lo que es el sueño olímpico. Lo hizo en un libro de tamaño enciclopédico —*La fabulosa historia de los Juegos Olímpicos*— y también día a día, entre los años 1954 y 2006, a través de las páginas del diario *L'Équipe*, diario francés del que era director adjunto en los tiempos en que este gozaba de una credibilidad que parecía inagotable y al que acudía siempre impecablemente vestido con traje y corbata, pues no en vano era un elegante caballero.

Parienté conoció a Jesse Owens, dibujó a Michel Jazy, aplaudió a Nadia

Comaneci, se asombró con Mark Spitz, se enardeció con Carl Lewis y fue feliz en Barcelona'92, donde se sintió como un plácido navegante de los mares mediterráneos. Nos veíamos a menudo, por insistencia mía, pues yo buscaba extraer de su bondadosa paciencia todos los recuerdos y las historias posibles acerca de los héroes olímpicos. Me habló de los pies descalzos de Abebe Bikila; del salto infinito de Bob Beamon; del septiembre negro muniqués; del eterno discóbolo Oerter; del yudoca Geesing, que hizo llorar a todo Japón; de aquellos tres segundos inagotables en los que la URSS encestó ante el pasmo estadounidense; del músculo férreo de Vassili Alexeiev, el hombre más fuerte; de Kornelia Ender y las valkirias de la piscina; de la zancada majestuosa del caballo *Juantorena*; de sus sucesores

Coe y Ovet; y también de los boicots, el dopaje, el peso inmenso del dinero que amenazaba con transformar los Juegos en una competición sin más...

Los Juegos renacieron en Barcelona, fruto de una coincidencia mágica de factores, y para Robert Parienté fue la culminación de una larga carrera narrando sueños e historias fabulosas. Después, se marchó, dejándonos en la memoria abundantes recuerdos de inmensa significación deportiva. Hoy, Toni Padilla nos reconcilia con aquellas antiguas historias olímpicas, de cuando el mundo era tan complicado como el actual, pero aún se conservaba una cierta pureza en la mirada hacia el deporte y, por qué no decirlo, también una inocencia esperanzadora que se fue degradando con el transcurrir de los años.

Las cosas de hoy son bien distintas, aunque una de ellas permanece imperturbable: la capacidad de generar sueños que tienen los Juegos, incluso los que han de aplazarse por fuerza mayor. Miles de deportistas continúan moviéndose a diario gracias al deseo de participar en la próxima cita con los anillos olímpicos, sea cuando sea que vaya a tener lugar. Por experiencia puedo afirmar que todos ellos poseen solo una parcial conciencia de lo que significará esa participación, salvo aquellos que,

por supuesto, ya acumulan experiencias anteriores. Los Juegos suponen un antes y un después en la vida de cualquier deportista, con independencia del resultado que obtenga en ellos. No es tan importante ese rendimiento concreto como la aventura vivida. Y este *Atlas de los sueños olímpicos* nos habla precisamente de ello. En él abundan también las historias de perdedores o de atletas cuyas proezas residieron más en el trayecto que en la llegada al podio y eso es así porque en pocas actividades humanas se afirma con tanta certeza como en la olímpica que la felicidad se encuentra en el camino y no en la meta.

En estas páginas hay tramposos y miserables, pobres de solemnidad y heridos que conquistaron la gloria. Hay traiciones y mentiras, transfiguraciones inimaginables, heroínas y ancianos, racistas y enamorados, lesiones que marcaron una vida y perdedores que resurgieron de sus cenizas para alcanzar una revancha indómita.

La historia olímpica, decía Parienté, siempre recomienza, quizá porque es una historia estrechamente ligada al ser humano, a sus miserias y sus grandezas; quizá porque el espejo olímpico no es más que un reflejo de como somos. ¶

MARTÍ PERARNAU

ÁFRICA

CA







# EL INCREÍBLE DESTINO DEL SALTADOR EGIPCIO QUE CONQUISTÓ HOLLYWOOD

*FARID SIMAIKA (EGIPTO)*

*Ámsterdam 1928*

«**L**OS JAPONESES le cortaron la cabeza», decían algunos. A finales de 1943, en los centenarios cafés de Alejandría, corrían multitud de rumores sobre el final de Farid Simaika. Hijo de una de las familias más importantes de la ciudad, se declaró desaparecido en combate después de que el bombardero norteamericano que tripulaba fuera derribado en la isla indonesia de Célebes. Su padre, Bassili Bey Simaika, ordenó que se celebrara una misa en su memoria y pidió a sus vecinos que dejaran de propagar rumores sobre su hijo. Había desaparecido y su cuerpo jamás sería localizado. Simaika, uno de los primeros egipcios que logró ganar una medalla

olímpica, tuvo una vida de película, pero también un final trágico.

Después de debutar, aún bajo soberanía turca, en los Juegos Olímpicos de 1912, Egipto estaba deseoso de ganar sus primeras preseas, y en 1928 decidió enviar a Ámsterdam una ambiciosa delegación. Las aspiraciones egipcias se hicieron realidad: El-Sayed Nosseir ganó el primer oro del país, en halterofilia, e Ibrahim Moustafa, carpintero de oficio, logró otro en lucha grecorromana. Pero, sin duda, la gran estrella de la delegación era el saltador de trampolín Farid Simaika, un galán de piel bronceada y aspecto siempre impecable que aspiraba a la gloria en las competiciones de salto desde plataforma de 10 metros y de



trampolín de 3 metros. El 8 de agosto Simaika ganó la medalla de bronce en la prueba de trampolín, por detrás de los estadounidenses Pete Desjardins y Michael Galitzen. Lo vivió como una decepción y, herido en su orgullo, juró ganar en la prueba de plataforma, al día siguiente. Y parecía que así sería... El 9 de agosto ya sonaba el himno egipcio en su honor mientras se izaba la bandera de su país, cuando, en una polémica decisión, un juez interrumpió la ceremonia afirmando que la suma de los votos daba como ganador al norteamericano Pete Desjardins. Profundamente indignado, Simaika se marchó sin estrechar la mano a las autoridades y en todo momento defendió que sus saltos habían sido impecables.

Farid Simaika no era un deportista como los demás. Competía por diversión, como si saltar fuera una excusa para ser observado e idolatrado. Así había empezado su carrera, en el puerto de Alejandría, su milenaria ciudad, en cuyas aguas se zambullía de niño, primero como un juego; luego, para seducir y lograr ser el centro de atención. Nacido en una de las familias cristianas más importantes de la ciudad, el joven Simaika preocupaba a sus progenitores.

No iba a la iglesia, organizaba fiestas continuamente y perturbaba a todos con su conducta: aprendió a pilotar aviones, importó el primer coche de carreras que se vio en Alejandría y fanfarroneaba saltando al mar con los ojos vendados. Se había convertido en un problema para su ilustre familia, de modo que decidieron enviarlo a Estados Unidos. Allí no verían sus pecados y él podría actuar a su antojo.

Llegó a Los Ángeles en 1927, con 20 años recién cumplidos, y enseguida comprendió que aquella ciudad era justo lo que necesitaba. Se hizo socio de un club elitista y empezó a ganar campeonatos de salto compitiendo con su gran rival, Desjardins, un canadiense afincado en Miami con pasaporte de Estados Unidos. Desjardins le ganó en los Juegos de 1928, pero Simaika respondió ganando los campeonatos norteamericanos en cuatro ocasiones, la última en representación del Hollywood Athletic Club. Su sonrisa y su acento lo convirtieron en la estrella de todas las fiestas. Corrían los años del *boom* de la industria cinematográfica y varios nadadores olímpicos se habían pasado a la gran pantalla, como el hawaiano Duke Kahanamoku

o Johnny Weissmuller, que brilló en los Juegos de 1924 y 1928, y que pasó a la eternidad con un taparrabos encarnando a Tarzán. Simaika también protagonizó diferentes películas, una de ellas a las órdenes de John Ford, en 1931. Juntos, Weissmuller y Simaika rompieron el corazón de algunas holandesas en los Juegos de 1928; hasta los directivos de la delegación olímpica llegaron a admitir que tenían un problema de disciplina con ciertos nadadores y saltadores.

Fueron años salvajes en los que, formando pareja con el saltador Harold Smith, Simaika se llenó los bolsillos actuando en fiestas privadas, exhibiciones y ferias, pues todo el que quería impresionar debía tener saltadores y bailarinas en el agua. Su truco estrella era una adaptación de sus juegos de juventud: Simaika se vendaba los ojos y saltaba de forma coordinada con Smith; de hecho, su salto se hizo tan célebre que, en 1939, lo interpretaron en una película de la Metro Goldwyn Mayer titulada *Double Diving*.

Simaika se movía en las altas esferas con la misma facilidad con la que ejecutaba sus saltos. Se casó en dos ocasiones. La primera unión, con la

hija de un joyero, duró menos de dos años. La segunda, con Betty J. Wilson, fue mejor, pero sus inicios no estuvieron exentos de dificultades: antes de pasar por la vicaría, una carta anónima denunció que Simaika no era caucásico y, puesto que la ley de California prohibía las bodas entre caucásicos y personas de otras razas, Simaika se vio envuelto en un proceso judicial de varios meses en el que, finalmente, logró demostrar que los cristianos coptos de Egipto sí son caucásicos.

Una vez formalizado el matrimonio, ya con trabajo y con una casa en California, a Simaika solo le faltaba lograr el pasaporte estadounidense. En marzo de 1942 juró lealtad a Estados Unidos y pocos meses después se alistó voluntario en las fuerzas aéreas. Pasó unos meses en una base de Colorado y allí, gracias a su experiencia con aviones en su Egipto natal, se convirtió en ayudante de piloto en un bombardero. Simaika fue uno de los más de 400 deportistas olímpicos que jamás volvieron del frente. Su vida fue peculiar, al igual que su muerte, pero consiguió aquello con lo que siempre había soñado: que todo el mundo hablara de él. ¶